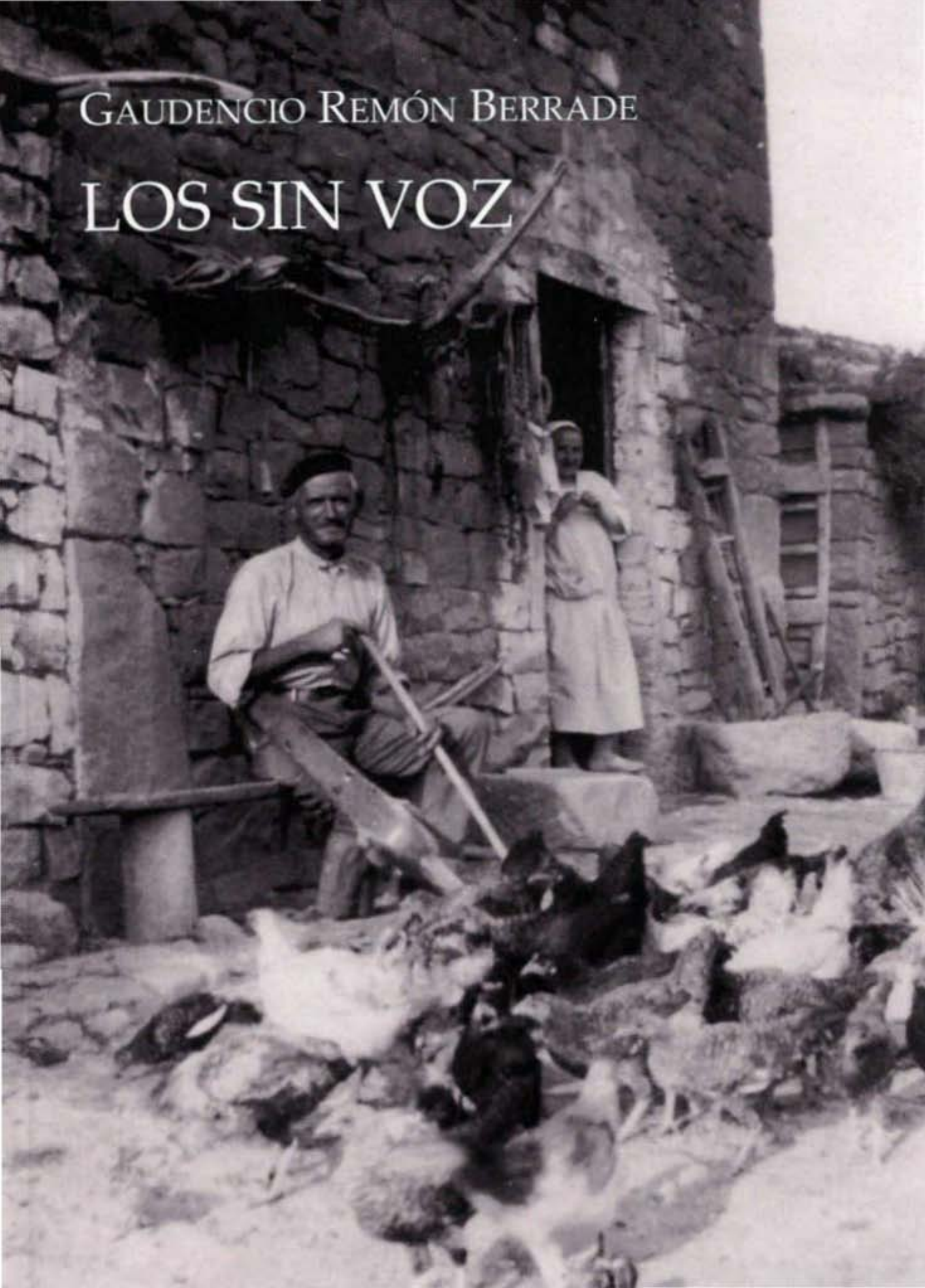


GAUDENCIO REMÓN BERRADE

LOS SIN VOZ



3

EL CURA DE MURILLETE

No, si aquel macho era noble, pero malcomido y mucho zurriado andaba como levantisco, que eso yo lo notaba en que el pobre animal se dejaba caer en el surco y refunfuñaba. Ya se lo decían a mi padre:

—Rebusca, que ese animal ve poco pienso, que a la vista salta por la *cantidá* de piojos y sapillos que le corren por el lomo y lo *arguillan*. ¿No ves lo poco lucido del pelo?

Ese no era su nombre, pero qué más da. Todo el mundo le llamaba Rebusca porque de *muete* andaba por los encinares rebuscando bellotas y lo que fuera para matar el hambre. Yo también he comido bellotas, y si no tienen gusano, aunque amarguen un poco, le llenan a uno la tripa. Pero mi padre, que no tenía ni para darnos un mal *currusco* ¿cómo iba a tener pienso para el morro del macho? Y claro, el pobre animal andaba flojo de remos. Y mi padre buen latigazo en las ancas, que mi padre mucho juicio tampoco. Y es por eso que el macho se volvió *guitón*, y le arreó una coz que lo mató. Que bien hago memoria de aquel día en que principiaron las desgracias para mi madre y mis hermanicas: andábamos labrando, el macho tiraba poco, le soltó un latigazo y el animal devolvió. Al momento me di cuenta de que ya estaba muerto, porque la coz le

había metido la nariz y la boca dentro de la cabeza, los ojos los tenía explotados y la sangre, salpicada por todo, parecía como una siembra de abanicos colorados.

Después de que le dimos tierra, con el último *tolmo*, el amo Zacarías nos quitó la *mediería*. Porque yo, *muete* aún, no tenía la suficiente correa —eso dijo— para llevar la labranza. Le remordió la conciencia, porque días más tarde nos dejó el corralete del monte para vivir. A condición de que limpiáramos de leña todos los orillos de sus piezas. Como la leña no era tanta, con la humedad desvenábamos hasta las raíces. Hacíamos samantas y se las vendíamos al panadero de Murillete. Todo eso mi madre y yo, que mis hermanicas, unas por mucho *jovenas* y otras porque no levantaban lo que una *curcubita*, sólo sabían *curribandiar* por aquellos andurriales y *comersen* los mocos.

A Murillete llegábamos que ni termina de morir la luna que ni nace el sol, más o menos cuando el panadero sacaba del horno la última cochura. Como cargábamos el macho casi hasta volcar por el balumbo, teníamos que hacer el camino a pie. La carga era tan alta que hasta nos tapaba la luna en noches de claro; y eso a mí me daba miedo, porque si hay luna y la ves, ella también te ve, la oscuridad asusta menos y el andar es más alegre. El panadero nos daba un duro por samanta, pero cuando andaba escaso de metálico —hago memoria que eso decía— nos pagaba con panes, tantos y tan de golpe, que a veces se nos *canucían*.

Así, mal que bien, fuimos tirando, y hasta mejoró. Porque el cura, un día que volvíamos al monte, nos paró y nos pidió una docena de cargas de leña:

—a poder ser rama-tronco, que la casa de la parroquia está en lo más alto y aquí el invierno atiza duro.

Como el guarnicionero, el barbero y seis o siete más también querían leña, le compramos la burra al señor Secundino, que andaba tullido. Le pagamos la mitad a la toma del ramal y la otra mitad

la apalabramos para el año siguiente. El macho, con la mayor carga, lo llevaba yo derecho al panadero; mi madre, con la burra, subía hasta la iglesia a descargar la leña de don Rufo. El cura, además de pagar bien y al momento, le solía dar a mi madre caramelos y juguetes para mis hermanicas. Un día, camino de vuelta, después de pasar las últimas casas del pueblo, mi madre sacó de la alforja un pañuelo y se lo puso en la cabeza; parecía contenta y a mí me pareció como más moza. Hago memoria: aquel pañuelo era mitad blanco y mitad del color de la flor de manzanilla; llevaba retratada en medio una iglesia grande y redonda, y debajo un letrero, que luego, cuando aprendí todas letras en el Tercio, caí en la cuenta de que ponía Roma, donde vive el Papa.

Mi madre era agradecida, y cuando preparábamos las samantas, cargaba en la burra la mejor leña: la de jinebro, porque es resinosa y arde como la tea y, encima, despide una *olorica* que parece mezcla de romero, espliego y miel. Los días que había que llevar leña al cura, madrugábamos más con el fin de entrar en el pueblo antes de las primeras luces. Que mi madre ya decía:

—así nadie nos ve y no podrán criticarnos, que la gente de este pueblo es mucho mala y es capaz de decir: “mira ésa, ya le lleva leña al cura *pa* calentarlo”.

Mucho mala sí que era la gente de aquel pueblo, que cuando me hice hombre, pocas entendederas me hicieron falta para comprenderlo. Pero uno de *muete*, y aun de mocico, está en otras cosas y no coge las segundas de la gente, o sea, no es malicioso. Pero después vi que hay que ser, mucho no, pero hay que ser.

*

El fuerte bochorno de julio soplaba de la parte de Bardenas: movía las brozas y los trigales, y parecía que a todo el monte lo quería incendiar. Entraba en el comunal de Monte Bajo y nos abrasaba las manos

y la cara. Atando una samanta de ramas de chaparro mi madre cayó para atrás, principió a desfallecer y a *gomitar*. Cuando, después de un rato, volvió a lo normal, me mandó al pozo a por un par de cántaros de agua. Ella, quejándose, se fue yendo, poco a poco, al corraleta. Miré para atrás y vi que caminaba con dificultad, apoyando las manos en los riñones, como intentando enderezarse. Enseguida barrunté que algo grave le pasaba, porque cuando volví con los cántaros, vi en la senda gotas de sangre. Apretaba el calor, sin embargo, me mandó encender fuego y calentar abundante agua. Se tumbó en el pajar sobre una frazada recia. Al rato oí quejidos y un respirar *ruidón*, como de ahogos, pero no consintió que entrara para ayudarla. Como la noche estaba serena, cogí a mis hermanicas y nos salimos a dormir a la era.

Antes de romper el día un grito largo y *endolorido* me sobresaltó de repente. Entré en el pajar y mi madre, con palabras entrecortadas por la tos y la voz *descancayada*, me dio un *cudujón* de saco atado con un esparto:

—toma, hijo, entiérralo bien antes de que salga el sol.

A escape hice lo que me mandó. Y para cuando los primeros claros dejan distinguir la sabina del pino, yo ya estaba clavando la segur en un carrasco.

Volví al corraleta a oscuro ciego, y me encontré a mis hermanicas llorando en la puerta:

—la madre se muere, dice que se va en sangre, haz algo.

Entré en el pajar y allá no se podía parar de olor. Mi madre era sufrida de por sí y no quería que llamara al médico:

—ya lo remediaremos nosotros, hijo, pero que esto no tome nombre.

Pero yo, más sereno que mi madre y sabedor de nuestros posibles, me pensé lo peor. Con el negror de la noche aparejé el macho. Y la senda, que como un navajazo rajaba en dos el vientre de la sierra, también era negror. Cuando los primeros cacareos salían de los corrales,

golpeé la aldaba. Con el ruido se asustaron los gorriones y, al rato, salió el médico, en calzoncillos, restregándose los ojos:

—primero tengo que visitar a mis enfermos, que para eso están conducidos y pagan su iguala. —Creo que no me vio la cara, pero eso me dijo entre bostezo y bostezo.

Él hizo el camino montado, y yo detrás arreando el macho. Como el pajar estaba a oscuras, mandó sacar a mi madre a lo que era la cocina, un hueco entre el hogaril y los pesebres. El olor era insoportable, el médico se puso un pañuelo blanco que le tapaba la nariz y la boca, y haciendo un gesto de repugnancia, me mandó salir porque —dijo— esto no es para muchachos. Me senté junto a la puerta, en la pila de las gallinas, oyendo los dolores de mi madre y las preguntas del médico. Y me asusté cuando gritó:

—¿don Rufo, el cura de Murillete? Pero si es un San José, un bendito del Señor, eso no puede ser.

—Pues otro que él no *andó con mí*, créame, doctor.

—No te creo, eso es mentira, además de calumnia. ¿Y la criatura?

—Yo sólo hice lo que don Rufo me mandó.

—Explicate, vamos, por si hay que dar cuenta.

—Me dijo don Rufo que el escándalo es peor que el pecado —mi madre sollozaba, apenas le salían las palabras, y me daban ganas de entrar y sacudirle al médico con la *segureta* que tenía a mano— que había que borrarlo, y que él todo lo perdonaba.

—¿Él, quién? ¿Dios o don Rufo?

—No sé, él dijo él.

*

Era un mal trago, porque a cada paso me acordaba de los sufrires de mi madre. Los guardias me daban culatazos en los riñones, sin importarles que a esa hora caía el sol como *ilagas* de punta. La tierra

blanquizal, mismo donde *cirrian* los conejos, es arenisca y, como no tiene tropiezos de raíces ni de piedras, se trabaja con la azada en un Jesús. Pero también sabía que el barranco de Los Ladrones estaba infestado de zorros y tejones. Por eso, cuando llegamos, esas alimañas sólo habían dejado un cacho saco, manchado con sangre, detrás de unos zarzales. Yo casi me alegré, porque sé que, como no tengo mucho pecho, me hubiera llevado una mala vuelta. El hombre de bigotillo y sombrero, el que llevaba un bastón con empuñadura de cabeza de águila y maletín negro, el que no iba vestido de guardia, dijo:

—está claro, habrá que abrir diligencias.

*

A los dos o tres días le dimos tierra a mi madre. Poca gente nos acompañó. En un rincón, unas viejas parientas, arrugadas y desdentadas, rezaban y murmuraban. Al salir del camposanto, el amo Zacarías, poniendo la cara triste, me dio el pésame:

—Barráu, te acompaño en el dolor. Una madre, pase lo que pase, siempre es una madre.

—Gracias, señor Zacarías.

Se fue con los demás. A los diez o doce pasos se volvió, y con la cabeza gacha y torciendo la mirada para otro lado, me soltó:

—mira, Barráu, lo de tu madre, que en paz descansa, es mucha afrenta *p'al* pueblo —se llevó el puño a la boca y tosió dos o tres veces— no se habla de otra cosa. Es cosa de mi mujer, no mía, que lo sepas, ya sabes que es de mucha iglesia, y un escándalo así. —Comenzó a rascarse la frente, y medio tartamudeando, desembuchó lo que ya me estaba imaginando—: *pa* la sanmiguelada tendréis que dejar el corraletto. Espero que lo entiendas, Barráu.

El Barráu lo entendía todo, hasta que nadie me llamara por mi nombre. Me debían de llamar así por lo del *picáu* de las viruelas.

Entendía que en aquel pueblo ni tan siquiera sobrábamos, nos echaban. No esperé a la sanmiguelada, para entonces ya empiezan los fríos a enseñar los dientes y había que buscar nueva madriguera. Aparejé el macho con las cuatro miserias que teníamos y tomé aquel camino cuesta arriba. El que no sabía adónde nos llevaba. Por eso me pareció el más seguro.

Llevábamos caminando varias horas. Se acercaba la noche. Mis hermanicas tenían hambre y se estaban poniendo nerviosas. La mayor quiso ayudarme:

—¿y por qué no vamos a don Rufo *pa* que nos eche una mano?

—No, Virolica, a don Rufo ni hablar. Tú ya vas *pa* los quince y ya te empiezan a despuntar.

—¿A despuntar qué?

Gaudencio Remón devuelve la voz a los marginados de las zonas rurales

REÚNE 23 HISTORIAS EN SU PRIMER LIBRO DE RELATOS, "LOS SIN VOZ", EDITADO POR CELYA

El autor quiere "hacer justicia" desde la literatura a los "desamparados" que siempre sufrieron humillaciones

ANA OLIVEIRA LIZARRIBAR - Viernes, 16 de Abril de 2010 - Actualizado a las 07:55h.

compartir ([¿qué es esto?](#))



Gaudencio Remón Berrade. (OSKAR MONTERO)

PAMPLONA. "La literatura puede hacer justicia para con los desgraciados que la justicia no atiende". Es, al menos, el propósito de Gaudencio Remón Berrade, que en su primer libro de relatos, *Los sin voz*, recupera la memoria de las gentes marginadas y humilladas en las zonas rurales de Navarra desde 1936 y hasta los años 70.

La mujer rural, la viuda, el jornalero, el borte o echadizo, el mutilado de guerra, el condenado, el huérfano, el analfabeto, el tonto del pueblo, la prostituta... Todos ellos vivieron sin la capacidad y, en muchos casos, sin el permiso para expresarse y Gaudencio Remón ha querido recopilar esos "gritos en el desierto de la desesperanza de las zonas rurales", en las que, durante mucho tiempo, se trató con gran crueldad al diferente. Es la primera vez que el escritor de Ujué publica un libro de relatos, ya que lo suyo había sido siempre la poesía y los trabajos de investigación, varios de ellos sobre la Transición. Pero después de cada poemario se quedaba "tan agotado", que entre uno y otro probó en la narrativa de "distancias cortas". Con el tiempo, reunió más de cuarenta relatos, de los que seleccionó los 23 que ahora publica con Celya. Cada uno de ellos se puede leer de manera independiente, aunque "el lector observará una cierta cronología", ya que la primera historia data de 1936 y la última, en la que da voz "a los que siempre quitaron la voz a los demás", discurre en los 70. Además, hay algunos personajes que aparecen en más de un texto, años después de la primera referencia, de modo que parecen encadenados.

Los relatos son ficción literaria, aunque todos parten de un hecho real que o bien vivió el propio autor o se lo contaron otras personas como su abuela, "una gran narradora a la que le debo mucho", dice, y en

Vista:

[Más texto](#)

[Más visual](#)



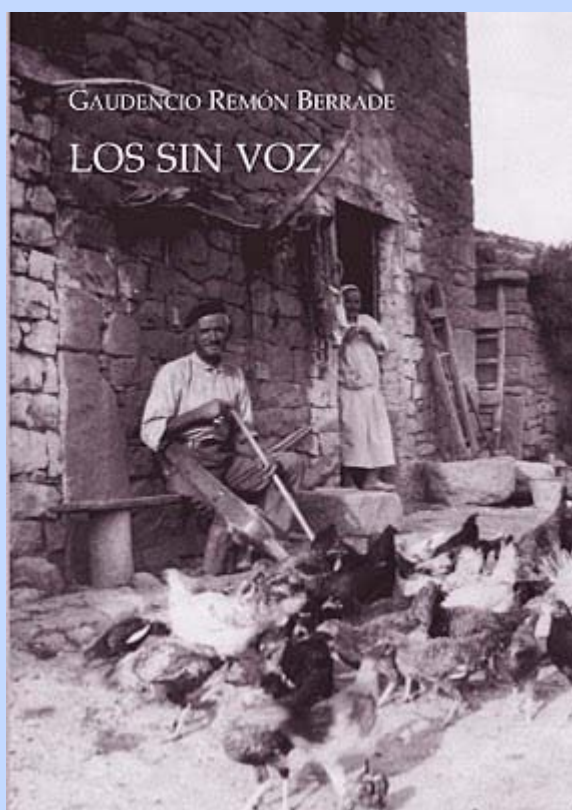
este punto recuerda a Juan Rulfo, cuya obra le ha aportado tanto, que decía que no tenía nada más que contar cuando se murió su tío Anacleto. Y es que, la oralidad ha resultado fundamental para recopilar, primero en la cabeza y luego en el papel, estas narraciones que transcurren en un entorno de 40 kilómetros alrededor de Ujué, en una geografía imaginaria trazada con tres coordenadas que dan muchas pistas de su ubicación real: Bardenero, Valdorba o El Palomar. Allí, los desgraciados protagonistas conciben su existencia "como la raíz o la piedra a la tierra sometidas".

GLOSARIO Ya desde el título, *Los sin voz* -"sugerido por mi buena amiga la poeta Fátima Frutos"-, Remón insiste en la necesidad de "rescatar la memoria" de quienes sufrieron en silencio vejaciones constantes. Para no olvidar y para que, "aunque hoy la sociedad es más solidaria y menos cruel y ya no es admitido reírse del tonto o del distinto", tengamos en cuenta "a los desamparados que hay a nuestro alrededor también en el presente".

Sin buscarlo, Gaudencio Remón realiza un ejercicio de recuperación de la memoria histórica de Navarra y no sólo porque el primer relato narra el fusilamiento de unos jornaleros en el 36 - "unos hechos que merecían ser conocidos" -, sino porque refleja una serie de sucesos de la intrahistoria que nunca fueron públicos y que "no deben quedar impunes para la literatura y la memoria de las nuevas generaciones", comenta el autor, que, al margen del contenido, no ha tenido más pretensión que "hacer una buena obra", tanto en el fondo como en la forma, escogiendo los adjetivos y las palabras con gran "rigor lingüístico e histórico". De hecho, este libro tiene un valor añadido, y es que sirve de cápsula del tiempo, por cuanto contiene expresiones y usos que ya no se emplean, de ahí lo útil e interesante que resulta el glosario de *Barbarismos, solecismos, navarrismos, localismos y arcaísmos* que incluye en sus últimas páginas.

lunes 19 de abril de 2010

LOS SIN VOZ (GAUDENCIO REMÓN BERRADE)



EL LIBRO: *Los sin voz* es una cadena de 23 relatos en los que el escritor, a través de una expresión precisa - tan veraz como genuina- da voz a determinados seres humanos de mitad del siglo XX a quienes les fue cercenada la garganta: la mujer rural, la viuda, la prostituta, el jornalero, el mutilado de guerra, el cura rural, los huérfanos, el condenado, el analfabeto, el tonto del pueblo...

Finalmente, en un relato radicalmente distinto, da voces a quienes siempre la tuvieron, con un azote final:

Nunca sabremos por qué, todos los monstruos nacen y crecen por aquí.

EL AUTOR: Gaudencio Remón Berrade (Ujué-Navarra, 1948) es Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Navarra. Vocal de Lingüística y Literatura del Ateneo Navarro. Autor de diversos libros de poesía: *Gritos de las entrañas* (1981), *Sonetos por todos nosotros* (1998), *El romancero del campo* (2001) y *Rapsodia del amor* (2005) así como de dos trabajos de historia contemporánea: *La rebelión de los mineros* (1995) y *La Organización Revolucionaria de los Trabajadores* (1996), debuta en la narrativa con *Los sin voz*.

Artículo aparecido en el periódico Noticias de Navarra el 16 de abril de 2010. Redactora: Ana Oliveira Lizarribar.

La literatura puede hacer justicia para con los desgraciados que la justicia no atiende. Es, al menos, el propósito de Gaudencio Remón Berrade, que en su primer libro de relatos, *Los sin voz*, recupera la memoria de las gentes marginadas y humilladas en las zonas rurales de Navarra desde 1936 y hasta los años 70.

La mujer rural, la viuda, el jornalero, el borte o echadizo, el mutilado de guerra, el condenado, el huérfano, el analfabeto, el tonto del pueblo, la prostituta... Todos ellos vivieron sin la capacidad y, en muchos casos, sin el permiso para expresarse y Gaudencio Remón ha querido recopilar esos *gritos en el desierto de la desesperanza de las zonas rurales*, en las que, durante

mucho tiempo, se trató con gran crueldad al diferente. Es la primera vez que el escritor de Ujué publica un libro de relatos, ya que lo suyo había sido siempre la poesía y los trabajos de investigación, varios de ellos sobre la Transición. Pero después de cada poemario se quedaba *tan agotado*, que entre uno y otro probó en la narrativa de *distancias cortas*. Con el tiempo, reunió más de cuarenta relatos, de los que seleccionó los 23 que ahora publica con Celya. Cada uno de ellos se puede leer de manera independiente, aunque *el lector observará una cierta cronología*, ya que la primera historia data de 1936 y la última, en la que da voz a *los que siempre quitaron la voz a los demás*, discurre en los 70. Además, hay algunos personajes que aparecen en más de un texto, años después de la primera referencia, de modo que parecen encadenados.

Los relatos son ficción literaria, aunque todos parten de un hecho real que o bien vivió el propio autor o se lo contaron otras personas como su abuela, *una gran narradora a la que le debo mucho*, dice, y en este punto recuerda a **Juan Rulfo**, cuya obra le ha aportado tanto, que decía que no tenía nada más que contar cuando se murió su tío Anacleto. Y es que, la oralidad ha resultado fundamental para recopilar, primero en la cabeza y luego en el papel, estas narraciones que transcurren en un entorno de 40 kilómetros alrededor de Ujué, en una geografía imaginaria trazada con tres coordenadas que dan muchas pistas de su ubicación real: Bardenero, Valdorba o El Palomar. Allí, los desgraciados protagonistas conciben su existencia *como la raíz o la piedra a la tierra sometidas*.

Ya desde el título, *Los sin voz -sugerido por mi buena amiga la poeta Fátima Frutos-*, **Remón** insiste en la necesidad de *rescatar la memoria* de quienes sufrieron en silencio vejaciones constantes. Para no olvidar y para que, *aunque hoy la sociedad es más solidaria y menos cruel y ya no es admitido reírse del tonto o del distinto*, tengamos en cuenta *a los desamparados que hay a nuestro alrededor también en el presente*.

Sin buscarlo, **Gaudencio Remón** realiza un ejercicio de recuperación de la memoria histórica de Navarra y no sólo porque el primer relato narra el fusilamiento de unos jornaleros en el 36 - *unos hechos que merecían ser conocidos-*, sino porque refleja una serie de sucesos de la intrahistoria que nunca fueron públicos y que *no deben quedar impunes para la literatura y la memoria de las nuevas generaciones*, comenta el autor, que, al margen del contenido, no ha tenido más pretensión que *hacer una buena obra*, tanto en el fondo como en la forma, escogiendo los adjetivos y las palabras con gran *rigor lingüístico e histórico*. De hecho, este libro tiene un valor añadido, y es que sirve de cápsula del tiempo, por cuanto contiene expresiones y usos que ya no se emplean, de ahí lo útil e interesante que resulta el glosario de Barbarismos, solecismos, navarrismos, localismos y arcaísmos que incluye en sus últimas páginas.